

## Capítulo 6

### EL SIGNIFICADO TEOLÓGICO

Cuando se analiza un texto del Nuevo Testamento, no sólo es necesario preguntarse qué dice el texto o que interpretación va a corroborar, sino plantearse también la cuestión de cual es la importancia de una determinada lectura para la comunidad cristiana que se considera a sí misma, en alguna medida, responsable del texto. Nuestra lectura del texto ha mostrado, que los episodios referidos al discípulo amado por Jesús, se entienden mejor si se supone que la relación entre Jesús y este discípulo, tenía un carácter homoerótico, del cual se podía suponer inclusive una expresión sexual. Este tipo de lectura no solamente no hace violencia a dicho pasaje, no sólo ilumina lo que habría sido dejado en la oscuridad al ignorar el carácter erótico de la relación, sino que resulta coherente con el punto de vista del texto en su totalidad.

Pero si una lectura, que podría llamarse lectura gay, tiene sentido e ilumina el texto de una manera que otras lecturas no hacen o no pueden hacer, entonces cabe preguntarse qué significaría una lectura semejante para una comunidad que entiende que éstos textos son de alguna manera reveladores de la situación humana ante Dios?

Esta lectura del texto hace obviamente imposible, para los que se imaginan a sí mismos seguidores del Jesús descrito en este texto, perpetuar instituciones heterosexistas y homofóbicas. A pesar de que una enorme brecha cultural separa las relaciones sexuales con alguien del mismo sexo, en el siglo uno, de aquellas relaciones que llamamos gay o queer a comienzos del siglo veintiuno, el texto del Evangelio de Juan sugiere que Jesús tenía una relación con otro varón, y que hoy podría designarse como “gay”.

La actitud continuada de muchas iglesias que se niegan a incluir a gays, lesbianas y bisexuales cristianos, negándoles, no sólo la dignidad de mostrarse abiertamente y celebrar sus relaciones, sino que los excluye también del ministerio en sus comunidades cristianas. Esto es un impresionante ejemplo de la manera en que la iglesia puede colocarse en directa oposición al mismo Jesús. Semejante oposición por supuesto no es algo nuevo en la iglesia. En su historia, la iglesia se ha aliado muchas veces con los ricos y poderosos en contra de aquellos que Jesús llamó sus hermanas y hermanos. La iglesia ha sido un baluarte de las instituciones que practicaron la esclavitud y el racismo, instituciones que otros reconocen como absolutamente contrarias al pensamiento del Hombre de Galilea. En casi todas las instancias, la iglesia continúa cerrando las puertas a las mujeres, que podrían servir en pie de igualdad con los varones, a pesar de la evidencia que presentan los Evangelios, de un Jesús que predicaba todo lo contrario.

La trágica historia de la iglesia ofrece abundantes ejemplos de la iglesia en franca oposición con el camino indicado por Jesús, el camino atestiguado en los Evangelios. Pero la marginalización y denigración de los que tienen relaciones sexuales con personas del mismo sexo, es especialmente irónica, dado que en el Evangelio de Juan aparece una clara tendencia a sugerir que el mismo Jesús estaba comprometido en una relación análoga.

Gays, lesbianas y bisexuales cristianos pueden encontrar una cierta validación cuando se sugiere que Jesús bien pudo experimentar el tipo de atracción, deseo y placer que

también son parte de su experiencia, especialmente cuando estos cristianos tuvieron que soportar la denigración y descalificación en su propia iglesia. Pero gays, lesbianas, bisexuales y transgéneros cristianos no necesitan suponer que Jesús era gay para encontrar en él un compasivo defensor. Después de todo, a pesar de la ideología racista y esclavista con la que se presentó a Jesús a los afroamericanos, muchos de ellos siguen reconociendo en Jesús un aliado en la lucha contra la deshumanización. La clara tendencia de la imagen de Jesús en el Evangelio, es dar ayuda y consuelo a los que luchan contra la injusticia y la victimización, inclusive cuando esa injusticia y victimización son practicadas por los intérpretes oficiales de la tradición de Jesús. Que muchos gays y lesbianas se sientan atraídos por la figura de Jesús y sigan adorándolo, no debe sorprender demasiado, a pesar de la penosa experiencia de muchos en las iglesias. Más aún, muchos gays y lesbianas fueron persuadidos por la indiferencia y el corazón pusilánime de los cristianos “liberales” y por la retórica homofóbica de los cristianos “conservadores”, que el cristianismo es hostil a su búsqueda de justicia y amor. La lectura que yo propongo, de la relación entre Jesús y el varón a quién amó, puede abrir el camino a una re-consideración de Jesús y las “buenas nuevas” que lo conciernen, aunque no para la cristiandad en su totalidad.

¿La lectura del Evangelio de Juan que yo propongo, es sólo una “buena nueva” que concierne a gays y lesbianas en el cristianismo? O de hecho ayuda también a iluminar nuestra existencia más allá de nuestra orientación sexual? Creo que la lectura que propongo de los textos, ilumina muchos aspectos de la vida relacional de las gentes, más allá de su orientación o preferencia sexual.

Por eso preguntamos: ¿Hay en este texto algún significado, más allá del recuerdo histórico, que pudiera ser asignado a Jesús al presentárselo como amante de un amado? A primera vista pueden aparecer algunas dificultades.

Primero, podemos suponer que hay algo inapropiado, en el hecho de que uno, quien se dice amante de todos, sea presentado también como amante de uno en particular, y en un sentido íntimo. ¿Jesús, como amante de uno en particular, estaría reñido con el Jesús amante de todos? Esta cuestión se nos plantea ahora.

El otro punto, no se refiere al carácter del amor (en general y en particular) sino a la posibilidad de un amor específicamente sexual. ¿Esta posibilidad no invalida la “pureza” del amor que nosotros consideramos apropiado para uno que manifiesta el amor divino? ¿Si un afecto particular no fuera incompatible con el amor divino, debería pensarse como teológicamente sospechoso un amor que en principio no niega la expresión específicamente sexual de ese amor?

A pesar de que tenemos buenas razones para no asustarnos ante la atribución de sexualidad a aquel que para nosotros personifica el amor divino, pero seguramente, presentar la relación con matices de sexo entre dos varones, es inapropiado. Si Jesús fuera mostrado como alguien que tiene, lo que llamamos vida sexual, seguramente que esa actividad podría tomar la forma de una relación más convencional. ¿Y no lograría la sugerencia de una relación entre dos del mismo sexo, servir a la marginalización de la (presumible) mayoría heterosexual? Las teólogas feministas se hicieron la siguiente pregunta: ¿Puede un Cristo varón salvar a las mujeres? Nosotros podríamos preguntar: ¿Puede un Cristo gay salvar a los “normales”?

Tratamos estos temas, en un intento de dilucidar el significado que una reflexión teológica puede tener, cuando se sugiere el tema del Jesús como amante, y particularmente como amante de otro varón. Yo sigo manteniendo que esta sugerencia ilumina el significado de Jesús para todos sus seguidores, cualquiera fuere su orientación relacional o sexual.

## **EL AMOR EN GENERAL Y EN PARTICULAR**

Comenzamos con una pregunta general que concierne a la relación que hay entre amar a todos y amar a uno en particular.

Y además tenemos que explorar las formas, de las tradiciones referidas al Evangelio, que insisten que Jesús condena explícitamente cierto tipo de particularidad afectiva. Jesús niega que los miembros de su familia -su madre, sus hermanos y hermanas- tengan en virtud de su parentesco, un reclamo o privilegio especial. Irónicamente, el tipo de preferencia afectiva que la piedad tradicional reclama para Jesús (su relación especial con su madre), es anulada por el mismo Jesús. Para Jesús ninguna relación es ex officio. Las únicas relaciones son las de adopción y de compromiso compartido. Las gentes que hacen como Él -que anuncian y viven la venida del reino- son verdaderamente sus “madre, hermanos y hermanas”.

¿Pero si la propia “carne y sangre” de los parientes por nacimiento, no autoriza un reclamo especial, no implica y subraya este punto de vista la posibilidad de un tipo de preferencia que supone amar a una persona diferentemente que a otras? ¿O esta instancia no conlleva el tipo de opción preferencial que caracteriza a maridos y esposas, amantes y mejores amigos?

Una fuerte tradición de la iglesia afirma que un amor que trata de hacerse accesible a todos, que busca el bien del vecino, que ama al vecino indiscriminadamente e inclusive ama al enemigo, es incompatible con el amor a uno solo. La vocación de celibato se explica muchas veces de esta manera. El que toma los votos lo hace para quedar en libertad y amar a todos por igual. Lo que importa aquí, en primera instancia, no es sexualidad sino “preferencia”.

¿Debería uno, que representa el amor divino, estar libre de la menor sospecha de preferencia, de elegir amar a uno por encima de los demás?

En cierto sentido esta reflexión se corresponde con lo que de hecho encontramos en el Evangelio de Juan, cualquiera sea la relación de Jesús con el amado, esa relación no se describe como si limitara el amor de Jesús por los otros. Las instrucciones se imparten a todos. Jesús se inclina ante todos para lavarles los pies. Y muere por la salvación de todos. La orden “Así como el Padre me envió, así los envió a vosotros” es dada a todos los discípulos.

El amor de Jesús por todos, tiene clara expresión en este texto. Pero precisamente en esta conexión, se señala, que Jesús amó a uno de los discípulos de manera especial.

Notamos que no se da un motivo para este amor. No se menciona ningún rasgo especial del amado. Es simplemente el amado. No se nos dice que es apuesto, valiente, inteligente, que se destaca por su devoción a Jesús. No se dice nada de eso. Es el amado... porque es el amado.

Nuestra experiencia de amar ocurre muchas veces precisamente de esta manera. El amor en sí –enamorarse, estar enamorado- es siempre, en algún sentido, inexplicable. Usualmente uno podría imaginarse a un “otro” más atractivo, a un “otro” más valiente, sabio o virtuoso. Pero uno “cae por” o está “enamorado de” este amado particular.

¿Es esta característica del amor –particular- incompatible con el amor que ama a toda la humanidad, el amor que no busca su propio interés, su propia preservación, para poder amar a todos?

¿No es precisamente el hecho de elegir gratuitamente, o ser elegido por otro, de la misma manera, la expresión más característica del amor? ¿No es esto lo que se tematiza en la Biblia como gracia? Es precisamente esta elección arbitraria, originada en la gracia, la que subyace la existencia de Israel como el “pueblo elegido”. En sus mejores momentos, Israel sabía, que el haber sido elegido así, no significaba que Israel tuviera alguna virtud especial o privilegio. Israel sabía que era simplemente uno de los pueblos de la tierra, ni más fuerte ni mejor, ni meritorio de alguna manera. Israel fue simplemente elegido. Y esta elección, como los futuros profetas trataron de dejar en claro, habría de ser precisamente el instrumento de Yahvéh para manifestar su gracia-amor para todas las naciones de la tierra. Inclusive en este nivel de elección colectiva, la designación de uno, no era vista de ninguna manera como un amor excluyente para los otros.

Depositar el afecto en uno en particular, es característico de la condición humana y no debería ser comprendido como contraria a la condición divina. Porque lo humano como humano no tiene otra vocación que representar lo divino, como lo hacen constar el Génesis y Juan.

Por eso no es incompatible la representación de un Jesús que tiene un amado, con la de un Jesús amando al mundo y a la comunidad. Más bien sirve para la representación concreta del verdadero carácter del amor, que de alguna manera, siempre es gratuito.

La representación de Jesús teniendo un amado, sirve entonces para aclarar que Él es la expresión del amor divino y modelo para un amor humano transformado. El amado no es “más” amado, ni su status de amado interfiere con la igualdad de la comunidad. Por otro lado, la relación con la comunidad y ciertamente con el mundo, no impiden a Jesús amar también a uno, y ser su amante, en esta forma tan humana de amar.<sup>1</sup>

---

<sup>1</sup> Este argumento es anticipado por Aelred (ver capítulo anterior) en sus reflexiones acerca del carácter de la amistad para la cual Jesús y su amado (igual que David y Jonathan) sirven de modelo. Y Aelred tiene algunas dificultades para demostrar la manera en que es posible analizar la relación entre amistad especial y amistad en general en la vida diaria del monasterio. *Spiritual Friendship* 3. 111-27, pp.123-29.

## LA CARNE

Cuando empezamos a ver que una amistad especial no contradice el carácter del amor para con todos, sino que más bien sirve para clarificar y profundizarlo, sin embargo puede atemorizarnos que esta amistad especial, pueda también ser, o ser interpretada, como una amistad sexual.

Si pudiésemos suponer, por ejemplo, que Jesús tenía una amante (supongamos María Magdalena, para dejar en claro que aquí nos interesa sexualidad y no todavía “homosexualidad”), podríamos estar inclinados a pensar que ésta, no sería una relación consumada.

¿Es la expresión sexual en sí, incompatible con el carácter fundamental del amor? ¿O se trata por el contrario, de la expresión más clara del amor entre los seres humanos y llamada a representar el amor de Dios?

Muchos contenidos de la tradición cristiana hablan con desconfianza de la sexualidad, llamando no sólo al celibato sino a la castidad. ¿Puede ser válido un punto de vista contrario, el punto de vista que toma en consideración algunos de los temas del Evangelio de Juan? Se nos recuerda en el comienzo de ese texto, que Jesús es también aquel, que se supone, estuvo comprometido en el acto de la creación al comienzo de todas las cosas. Por eso se dice que Él viene a los suyos. ¿No es la sexualidad parte de lo creado? ¿Es sólo parte de la naturaleza caída, o por el contrario es parte de la criatura creada por y para el amor?

¿Si la palabra creativa no queda separada de la criatura en esplendor trascendente y de hecho se convierte en carne, no significa esto que la carne creada, incluida la sexualidad, es propicia a la criatura creada por y para el amor?

¿Podía Juan realmente imaginar una encarnación que tomara la carne y no tomara la sexualidad, que es parte integral de la criatura de acuerdo con Génesis 1 y 2? ¿Sería esa realmente una encarnación? ¿Llegaría apenas a ser una corporalidad?

Yo no opino que la criatura encarnada deba tener sexo para ser humana o ser carne. Sólo digo que la sexualidad no puede ser negada en principio sin viciar la encarnación. La única manera de excluir la sexualidad, sin eliminar la encarnación es adoptar una ética ascética. Pero ni Juan, ni los otros Evangelios, ni otro texto del Nuevo Testamento, pueden aceptar esta ética. Todos ellos parecen resueltamente opuestos al ascetismo, porque saben que el ascetismo oculta el odio a lo real, a lo humano, a la carne –y de ese modo expresa su odio al creador y a lo humano como tal. A pesar de todas sus diferencias, los Evangelios se unen al mantener que las Buenas Nuevas conciernen a lo que es afirmativo de la vida, de la vida de la criatura creada por Dios, y que esa criatura –no algún sustituto imaginario- es amada por Dios, redimida por Dios, y hecha íntegra por Dios.

Por eso no debe ser descartada la sexualidad en la presentación de Jesús como la palabra encarnada de Dios, sino como la expresión del perfeccionamiento del amor en las condiciones del ser humano.

## EL MISMO SEXO

Si pudiéramos asignar importancia teológica a la descripción de Jesús como amante de un amado, de cuya relación, la intimidad sexual no estuviera excluida, sino sugerida por una intimidad física descrita “como de matrimonio” –aún así representar la relación como homoerótica, resultaría inapropiado.

Algunos representantes de la tradición cristiana consideran que las relaciones eróticas entre personas del mismo sexo están totalmente fuera de lugar. Más adelante trataremos este punto de vista en conexión con otro tema. Ahora preguntamos, si hay algo que puede sostener la visión convencional de que la relación sexual debe tener un correlato de procreación y debe, de alguna manera, ser expresión o soporte de lo que tradicionalmente se llama valores de familia.

Aquí sólo preguntamos si presentar a Jesús en una presumible relación sexual con otro varón, en un sentido no convencional, tiene un significado teológico positivo.

No se trata de una no-convencionalidad cualquiera. No nos interesa la expresión de una sexualidad obsesiva que frecuentemente se entiende como “fornicación”, tampoco nos interesa el tipo de sexualidad que traiciona el compromiso con otro, o que lleva a una persona abandonar o traicionar a la persona con la que previamente estaba ligada. Esto último se designa generalmente como “adulterio”. La relación descrita aquí, no es adulterio ni es fornicación en sentido correcto. La no-convencionalidad es aquí de un orden diferente.

Si el amor que se presenta aquí, expresa lealtad, confianza e intimidad, y es en cierto modo como el amor que une a marido y mujer, el amor de Jesús por su discípulo, es sin embargo diferente al amor marital. No es convencionalmente “heterosexual” pero sí no-convencionalmente “homosexual”.

Para comprender de que se trata aquí, consideremos cual sería la relación convencional. En ese caso Jesús sería mostrado como un “hombre de familia” convencional, asumiendo los modos convencionales de todas las tribus humanas.

Pero el Evangelio de Juan y los otros Evangelios, representan a Jesús como absolutamente no-convencional. Su fuerte no-convencionalidad sirve para cuestionar las “verdades” teológico-sociales de sus contemporáneos. Jesús no puede ser encuadrado en una respetabilidad piadosa. No es un ejemplo de prácticas piadosas: ayunar, hacer abluciones, seguir los servicios religiosos en el templo. Él no acepta interpretaciones bíblicas convencionales. Menos aún acepta el modo convencional en que los piadosos y respetables se separan de los pecadores. Su comer y beber llaman la atención; se asocia con los elementos despreciados de la sociedad: prostitutas y colaboradores del sistema. No le da importancia a la propia pureza ritual: libremente toca leprosos, cadáveres, mujeres menstruantes. Tampoco cuida su reputación: lo llaman el Galileo, el Samaritano, Pecador, incluso lo acusan de “tratos con Satán”. Más bien pareciera que con sus actos y palabras abonara esas opiniones sobre Él.

¿Qué significado tiene todo esto? En los Evangelios aparece claramente como tema central, un Jesús que voltea las estructuras convencionales de la vida social para

establecer una nueva realidad social donde se puedan manifestar los valores de la justicia, la generosidad y la alegría.

Nikos Kazantzakis presenta como “última tentación” de Jesús, el encanto de una domesticidad convencional. La tentación de apartarse de una confrontación radical con las estructuras sociales y abrazar en cambio la más básica de las estructuras sociales: matrimonio y vida en familia.

En la Parte 3, examinando el mensaje y la misión de Jesús, se comprueba cuán importante era para Él revisar las convenciones sobre matrimonio y vida en familia. Estas instituciones son la base para la perpetuación del mundo tal cual es. Pero a Jesús le preocupaba la inauguración de un mundo nuevo, con una realidad social radicalmente diferente. De ahí, un Jesús que no expresa la sexualidad en la esfera del matrimonio y la familia. De ahí, surge que una relación de persona a persona, con alguien del mismo sexo, puede tener sentido.

Pero no es suficiente dejar las cosas en este punto. No sólo se distingue esta relación de las relaciones heterosexuales maritales; la relación de Jesús con el discípulo amado puede iluminar positivamente las relaciones heterosexuales maritales. Aelred de Rievaulx ya anticipa esta reflexión en la Edad Media. Ve en la relación de Jesús con su Amado un tipo de matrimonio y por esta razón es capaz de usarla para hablar de la relación apropiada entre varón y mujer, marido y esposa. Aelred supone que tales relaciones podían vivirse mejor sin expresión sexual. A pesar de que marido y mujer tenían permiso legal para las relaciones sexuales, podían sin embargo abstenerse. La importancia de la relación estaba puesta por Aelred en la realización de la amistad y en la expresión de una verdadera mutualidad. Por eso escribe:

Qué hermoso que el segundo ser humano fuera tomado del costado del primero, de manera que la naturaleza pueda enseñar que los seres humanos son iguales y colaterales, y que en los asuntos humanos no hay ni superior ni inferior, una característica de la verdadera amistad. (3)

Me parece muy importante que la relación entre Jesús y su amado o entre David y Jonathan (citado por Aelred en esta conexión) pudieran servir como muestra para las relaciones entre los sexos. En la época de Aelred, como antes en el siglo uno, las relaciones entre varón y mujer estaban gobernadas principalmente por las necesidades económicas y el control patriarcal. Las relaciones heterosexuales se arreglaban según las reglas sociales y la necesidad biológica. En cambio en las relaciones entre el mismo sexo, se abría un potencial espacio de libertad y algo parecido a la mutualidad.

Al surgir el tema del amor cortesano o romántico en la época de Aelred, parecía necesario hacer referencia a este ideal en el caso de las relaciones heterosexuales y situarlas fuera de las leyes maritales. **Al surgir el tema del deseo y deleite mutuo, se los comparaba como al matrimonio en una relación adúltera.** Quizás el ejemplo más conocido es el de la relación de Arthur con Guinevere que contrasta con la relación de Lancelot con Guinevere .

A través de las varias transformaciones de esta tradición, lo que se llegó a considerar como un ideal de las relaciones heterosexuales –deseo mutuo y deleite, amistad y

compañerismo basado en la fidelidad- eran condiciones que bajo el patriarcado podían darse más fácilmente entre personas del mismo sexo.

Por esa razón Aelred usa la relación de Jesús y su amado como también la de David y Jonathan, para señalar una mutualidad en las relaciones entre personas de sexo opuesto, que de otra manera sólo era pensable como adulterio.

En nuestro tiempo, la tradición de usar las relaciones del mismo sexo para representar un ideal de mutualidad en las relaciones heterosexuales, se continúa en el uso de las palabras de Ruth a Noemí (“Nunca te voy abandonar ni te voy a traicionar...”) como texto bíblico para casamientos heterosexuales!

Esta reflexión no intenta afirmar que las relaciones del mismo sexo son siempre más libres, recíprocas o liberadoras que las relaciones heterosexuales. La estructuración de las relaciones humanas por las fuerzas del interés propio, la violencia y la violación, no respetan la orientación sexual. Pero las relaciones afectivas y sexuales entre personas del mismo sexo pueden representar un espacio de libertad y mutualidad que esta en tensión con la manera que estas estructuras gobiernan la heterosexualidad.

Sabemos que en el mundo griego y el helenístico, las relaciones del mismo sexo eran consideradas como indicadoras de libertad y mutualidad de una manera que estaba negada a las relaciones heterosexuales. Este hecho se subraya por lo general en el diálogo entre los que prefieren relaciones del mismo sexo y los que prefieren relaciones con el sexo opuesto. Pero en la tradición literaria estas estructuras diferentes se veían como alternativas. En cambio, lo que Aelred sugería al comienzo de la tradición del amor cortés, era que las relaciones del mismo sexo pueden servir de modelo para las relaciones con el sexo opuesto –dicho en términos modernos, la homosexualidad podría transformar positivamente la heterosexualidad.

Un Jesús que tiene relaciones con alguien de su mismo sexo no limita el significado a los que se sienten atraídos por relaciones eróticas de este tipo. Más bien anticipa una relación erótica libre de ataduras sociales, biológicas y necesidades económicas y por eso capaz de transformar también las relaciones heterosexuales.

En un capítulo posterior volveremos sobre este tema y veremos como los Evangelios sitúan a Jesús frente a la institución del matrimonio y la familia determinados por el patriarcado y el vínculo entre sexualidad y procreación. La crítica de estas instituciones que se encuentra en la tradición de Jesús es consistente con la suposición que la relación entre Jesús y su amado puede servir de paradigma para un nuevo tipo de relación sexual entre varón y mujer, libre de las ataduras del heterosexismo y del patriarcado.